-“EL SER HUMANO COMO SUJETO VULNERABLE”-

(Dr. D. Javier Barraca Mairal. Profesor de la URJC de Madrid)

«No hay nada más pasivo que este enjuiciamiento anterior a mi libertad, que este encausamiento pre-original, que esta franqueza. Pasividad de lo vulnerable, condición (o incondición) por la que el ser se muestra criatura» (E. Lévinas).[1]

I-. Actualidad de la vulnerabilidad.

Hoy, se habla a menudo de la vulnerabilidad. Se afirma que la ética y el Derecho actuales deben ser una ética y un Derecho orientados por este principio o característica humana: la vulnerabilidad, nuestra común vulnerabilidad, recíproca y compartida. No se trata, se dice, al ser éticos y justos, de cumplir ante todo unas normas, ni de perseguir el bien propio o común, ni de acatar el deber por el deber mismo, sino de ser “sensibles a la vulnerabilidad de los seres humanos”, de captarla y responder a ella.

De algún modo muy hondo, esto es verdad. Poner el acento en la víctima, en el débil, en el menesteroso, en la parte o sujeto más frágil de una relación, enriquece y da sentido a nuestro convivir.

Sin embargo, todo esto debe conducirnos a ir mucho más allá del conformarnos con adoptar una mera “receta”, un supuesto vademecum o una herramienta más o menos práctica. Este asunto exige de nosotros el que profundicemos en la entraña misma de esta dimensión de la realidad que se halla en la vulnerabilidad. Pues no debemos limitarnos

[1] Lévinas, E., *Humanismo del otro hombre*, Ed. Caparrós, trad. G. González, Madrid, p. 90.

sólo a atender al vulnerable, incluso al débil, en cuanto entelequia o noción, como un polo o punto de una situación. Esto es justamente lo que sucede cuando el concepto de vulnerabilidad se ve utilizado de acuerdo con un alcance impersonal, que se dirige a regular cierta clase de situaciones tipo. No hay únicamente que dedicarse a discernir y a establecer formas o modos, patrones genéricos, de vulnerabilidad (como la vulnerabilidad de la niñez, la de la enfermedad, la de la ancianidad, la del refugiado y migrante, la del nivel inferior a la media de renta o la del umbral de la pobreza, la vulnerabilidad de pertenecer a una minoría racial, religiosa, política, o la de la clase integrada por la víctima del terrorismo, del delito, de la trata, del abuso, de la violencia sexual, etc.). Hay que ir más allá, y situar nuestro foco en la vulnerabilidad misma; no en sus clasificaciones o categorías, sus tipos. Debemos ver la vulnerabilidad como un rasgo compartido, una dimensión inseparable de todo ser humano, una realidad en la que cualquiera de nosotros participa. Esto implica vivir la vulnerabilidad desde dentro de ella misma, calzándonos sus propios zapatos, desde dentro de la piel del vulnerable, que no es otro que cada uno de nosotros. Esto, pues todos somos siempre vulnerables, vivimos en la vulnerabilidad, que nos acompaña desde antes de nacer, cuando no teníamos otra figura que la de un minúsculo embrión, y hasta el final de la existencia.

Ahora bien, ello, ante todo y, sobre todo, sin olvidar nunca, además, que la vulnerabilidad no se da en abstracto. La vulnerabilidad no flota en el vacío, no es una entelequia o un mero fruto de la especulación. Por el contrario, siempre la padecen, la experimentan, seres concretos y determinados, con nombres y apellidos, con un rostro. Es a estos, a las personas concretas, a quienes hay que dirigir con extrema atención la mirada, nuestra mirada, tanto de sujetos como de comunidades o sociedades, responsables y comprometidas.

II-. La experiencia humana de la vulnerabilidad.

Todos los seres humanos somos vulnerables. Esto lo sabemos por experiencia. Una experiencia cotidiana. Pues, ser vulnerable significa que sufrimos, que nos deterioramos y que morimos. Este sufrir nos ocurre, en alguna medida, a todos, cada día, en cierto grado, aunque sea en la forma de toparnos con nuestras propias limitaciones –pues no lo podemos todo-, y con las limitaciones de nuestros prójimos.

Incluso quienes se niegan a reconocer esta nota o dimensión de nuestro ser –la vulnerabilidad-, o aquellos a quienes se les intenta ocultar, terminan por advertirlo, si reflexionan adecuadamente. El príncipe Siddharta Gautama –Buda-, al salir de su palacio, se encontró con la vejez, la enfermedad y la muerte; y, en el fondo, estas no eran sólo las de otros, sino las propias, las de todo ser humano, incluidas las suyas. Además, esta vulnerabilidad innata del ser humano se ha extremado, en el deteriorado contexto contemporáneo, a causa de ciertos factores, como determinadas actitudes de fondo, hasta el punto que ciertos pensadores llegan a hablar ya de enfermedad o patología existencial (S. Kierkegaard[2], Carlos Díaz[3]).

Nada más "inclusivo", entonces, que la vulnerabilidad. Este adjetivo –inclusivo- conecta con el substantivo "inclusión", que empleó Jesús Vidal, el Goya al mejor actor revelación de 2019, por su actuación en "Campeones", en referencia a la discapacidad, en su emotivo discurso al recibir su premio. Aquí, diremos: nada más universal, ni fraterno; nada más humano que la orientación hacia la vulnerabilidad, pues todos tenemos parte en ella. No hay clases ni personas ni grupos al margen por completo de ella ni fuera de su alcance. Tarde o temprano, todo ser humano se descubre como un ser vulnerable, aunque, por supuesto, hay quienes sufren de una manera particularmente intensa a este respecto. En el relato auto-biográfico *De qué hablo cuando hablo de correr*, el escritor nipón Murakami expone que, incluso un sujeto tan voluntarioso y esforzado como un corredor habitual, entrenado a diario, participante en carreras de larga distancia, maratones y triatlones, se descubre, con los años, alguien lleno de vulnerabilidades, con las que humildemente ha de aprender a convivir.

III-. Noción de vulnerabilidad.

Vulnerabilidad comporta fragilidad. Pero, habitualmente, en el sentido preciso de que el daño advenido llega a nosotros desde fuera. Vulnerable es la realidad que resulta susceptible de verse dañada por otra. En sentido contrario, invulnerable se dice lo que no

[2] Kierkegaard, S., *La enfermedad mortal*, Ed. Trotta, Madrid, 2008.
[3] Díaz, C., *Sobre las psicoterapias existenciales humanistas*, Ed. Sonora, Madrid, 2017.

puede sufrir daño externo; como, por ejemplo, una fortaleza. Por esto, se señala que los seres humanos somos vulnerables ante o frente a determinadas realidades exteriores, como una enfermedad, un enemigo, un ataque, una actuación externa, etc. Los sujetos humanos no somos fortalezas invulnerables, imperturbables, impasibles. Desde fuera de nuestro ser, se nos amenaza, perturba, mina, socava, debilita, cerca, ataca, daña y quebranta.

Sin embargo, también cabría hablar de una vulnerabilidad ante nosotros mismos, frente a nuestro yo. Esta vulnerabilidad concreta resulta la más dura, dolorosa y honda. Ello, por cuanto a menudo nuestro principal adversario y dañador somos nosotros mismos, o nuestras propias debilidades. Nos podemos hacer, los humanos, mucho daño a nosotros mismos; un daño en ocasiones letal, definitivo, irreparable. Con frecuencia, nuestro peor enemigo somos nosotros, pues no nos auto-estimamos o cuidamos adecuadamente. Es fácil auto-dañarse, cuando no se es feliz, cuando nos han herido tanto que no sabemos apreciarnos lo suficiente.

IV-. Tipos de vulnerabilidad.

Cada ser posee sus propias y características vulnerabilidades. No son idénticas las vulnerabilidades de todo cuanto existe –capacidades para ser vulnerado o dañado por otro-. La vulnerabilidad de una roca no equivale a la de un humano; así, puede llegar de la erosión, causada por el viento o por el agua, por un rayo, etc.; la vulnerabilidad de un árbol pende de los agentes climáticos, de los animales, del propio proceso de deterioro vital, de la contaminación ambiental, de las actividades humanas; etc. En el caso de los sujetos personales, cada cual tiene una vulnerabilidad por completo irrepetible; así, nuestras diversas vulnerabilidades resultan incomparables, en cierto sentido, pues cada persona vive las suyas de un modo intensamente distinto, ya que las experimenta desde dentro, en clave personal, desde su propio interior de persona, desde una interioridad de sujeto, desde una subjetividad, a través de un yo.

A pesar de este tenor profundamente personal y único de nuestras vulnerabilidades, hay quienes distinguen entre tres posibles clases de vulnerabilidades humanas: la vulnerabilidad física o corporal, la psíquica o mental, y la vulnerabilidad moral o espiritual. Se trata de un modo de hablar, en realidad, pues nuestras vulnerabilidades refieren al cabo todas a la persona. Pero es cierto que con frecuencia se habla de nuestra vulnerabilidad frente al dolor o la enfermedad; y frente a la ignorancia o error, el miedo o temor, la tristeza o desánimo; y de vulnerabilidad ante nuestro propio orgullo o soberbia, nuestra ira, nuestro egoísmo e insolidaridad, nuestros defectos éticos y los de otros, etc. Sin embargo, hoy, sabemos que resulta crucial captar que nuestras vulnerabilidades se vinculan e integran en un todo, en nuestro ser total, y que, al cabo, no están separadas, pues todas concurren o convergen en nuestra persona, ya que esta no consiste en un aspecto u otro, sino que conforma una unidad. El ser humano constituye una unidad psico-somática y espiritual; por esto, hoy en día, se habla de una antropología y medicina integrativas. No se puede reparar una herida física profunda sin restañar el daño psíquico y moral que conlleva, etc. Hasta el desánimo influye en nuestras defensas inmunológicas, acrecienta nuestra vulnerabilidad. Por esto, Frankl reflexionó incluso en torno a la demoledora vulnerabilidad de quien no encuentra ya un sentido, una esperanza, para su seguir viviendo o sufriendo.[4]

Lévinas ahondó en una vulnerabilidad radical: la "del otro". Esta vulnerabilidad consiste en la fragilidad del diferente, de los demás, de nuestros congéneres, cuyo rostro desnudo siempre se halla de alguna manera "expuesto", ante nosotros. Siempre el otro ser humano puede ser herido o dañado, maltratado; siempre podemos ofenderlo, despreciarlo, "vulnerarlo". Ello, en cuanto podemos negarnos a apreciarlo, estimarlo, valorarlo como un ser único e irremplazable, con dignidad. Así, escribió:

<<Despojado de su forma misma, el rostro está transido en su desnudez; es una miseria. La desnudez del rostro es privación y en este sentido súplica dirigida a mi directamente. Ahora bien, esta súplica es una exigencia. La humildad se une a la altura>>.[5]

---

[4] Frankl, V., *El hombre en busca de sentido,* Ed. Herder, Barcelona, 2001.
[5] Lévinas, E., *Humanismo del otro hombre*, cit., p. 46.

El otro es siempre, en este sentido, un ser vulnerable. Este ser vulnerable de nuestro prójimo es, en parte, lo que Lévinas designa con la expresión “el rostro” (“le visage”) e implica una llamada de auxilio hacia nosotros, una solicitud, una apelación constante e inextinguible. Como si la vulnerabilidad ajena comportase siempre un grito de petición de socorro, a cada uno de nosotros. Pues bien, Lévinas enseñó que esta vulnerabilidad que nos interpela y llama, desde el rostro del otro, no sólo nos hace responsables, nos compromete, respecto a nuestra reacción o actitud ante ello; además, esta vulnerabilidad del prójimo, nos convierte a su vez en seres vulnerables, pues podemos fallarle y, así, fallarnos a nosotros mismos en nuestro ser responsables. Esta vulnerabilidad supone el origen mismo de la ética, de nuestra responsabilidad para con los otros, nos hace estar en deuda con los demás. Además, frente a esa vulnerabilidad, nos convertimos y nos reconocemos como sujetos. Misteriosa, paradójicamente, la vulnerabilidad ajena, la debilidad de los otros, hace surgir nuestra subjetividad, nuestra identidad propia y distinta. Esto, porque nuestra responsabilidad es la raíz de nuestra identidad, ya que nadie puede responder ante el otro por nosotros, nadie puede substituirnos en nuestro deber hacia el otro. Nuestra responsabilidad, ante su vulnerabilidad, nos hace insubstituibles. Por lo que su vulnerabilidad hace nacer nuestra responsabilidad y, al tiempo, nuestro yo más profundo e íntimo, nuestra subjetividad, nos convierte en sujetos –“sujeto” viene de “sujetado”, puesto bajo (sub) algo, obligado-. Su vulnerabilidad nos obliga o compromete a reconocer la humanidad, la dignidad que se revela en su perenne fragilidad.

Cabe advertir que nuestra vulnerabilidad moral prácticamente no tiene límites. Siempre parece exigirnos más la fragilidad ajena. Y, desde luego, nuestra capacidad para realizar los actos más viles o despreciables también resulta proverbial; siempre podemos descender aún más en la escalera de nuestra indignidad moral. Tal vez, nuestra vulnerabilidad máxima, éticamente hablando, se sitúa en el odio. Cuanto más odiamos, más nos rebajamos éticamente y más daño podemos causar a la vulnerabilidad ajena. Pero, a la par, más vulnerables somos, en cuanto a poder ser manipulados más fácilmente por quienes se prevalen de esta debilidad nuestra.

V-. La vulnerabilidad de lo relacional.

Quizás, en el peculiar caso de los humanos, cabe pensar que nuestra vulnerabilidad más honda o profunda se halla en el sufrimiento que nos causan los otros sujetos, las restantes personas. Esto, por cuanto lo que más nos impresiona y afecta es aquello que viene cargado de un signo personal, pues estamos hechos para relacionarnos con otros yoes y sujetos, y advertimos lo significativo de su presencia. Por eso, nos duelen de una manera diferente, en cierto sentido, un tropiezo involuntario con una piedra y un acto violento deliberado, como un empujón o un puñetazo, que procedan del acto directo e intencionado de otro ser humano en contra de nuestra integridad; y esto, aunque los resultados materiales resulten equivalentes; de manera que el segundo hecho además de dolernos nos indigna, nos ofende, nos irrita y disgusta, nos humilla, etc.

De aquí deriva el hecho de que una vulnerabilidad clave en los humanos reside en su "ser relacionales", en nuestra honda interdependencia mutua. Somos vulnerables también porque necesitamos relacionarnos con una intensidad particularmente aguda con los otros, vincularnos a ellos. El ser humano ha sido definido, incluso, en cuanto persona, como una "entidad relacional" (C. Díaz[6]). Estamos hechos para la relación ya desde antes de nacer, y las relaciones configuran nuestro ser e identidad. La antropología y psico-biología actuales sostienen que es esta singular "relacionalidad" lo que nos ha convertido en lo que somos, tanto en su aspecto positivo como negativo, nuestro desarrollo se ha desplegado desde este eje. Por esto, sin los otros, no somos realmente nosotros mismos.[7] El pedagogo J. Kentenich lo expresó en una lapidaria máxima, al decir: "El tú es la cuna del yo".[8] Ahora bien, ni los otros ni nosotros, dada nuestra imperfección y finitud, nuestras limitaciones, nos comportamos siempre a la altura de nuestro deber o vocación de relacionarnos, nos fallamos unos a otros continuamente en nuestros encuentros. Esto acentúa nuestro sufrimiento, al par que manifiesta nuestra profunda vulnerabilidad recíproca.

Este es el caso de las relaciones interpersonales de amistad y amor. Mas, si nos cerramos, para evitar las heridas hechas a nuestra vulnerabilidad, tampoco logramos encontrarnos,

---

[6] Díaz, C., *Para ser persona*, Instituto Emmanuel Mounier, Las Palmas, 1993, p. 8.
[7] Barraca, J., *Originalidad e identidad personal*, Ed. San Pablo, Madrid, 2017.
[8] Kentenich, J., *Textos pedagógicos*, Ed. Nueva Patris, Santiago, 2008.

en este decisivo terreno, con otros, vincularnos, unirnos con fruto. Bendita vulnerabilidad, cabría afirmar, esta de nuestro estar hechos para unirnos a otros, igualmente vulnerables. Esta vulnerabilidad implica salir de nuestro yo e ir al encuentro del otro, a pesar de las heridas que nuestras relaciones mutuas nos provocan. Como en la imagen o metáfora de los erizos, de Schopenhauer, que, al pretender unirse para combatir el frío y la soledad, se pinchan unos a otros, y deben alejarse, para luego, al volver a sentir la dureza de la baja temperatura, tener que reiniciar el proceso, a pesar de los pinchazos de sus púas.[9] La soledad o el individualismo y la masificación o el colectivismo son los dos extremos de esta vulnerabilidad "pendular", derivada de nuestro ser originariamente relacional.

Hoy, existen autores que precisamente nos enseñan a valorar nuestras "heridas" vitales; esto es, las cicatrices interiores que portamos y que se nos han causado a lo largo de nuestra existencia. Este es el caso de C. Padilla, quien ha llegado a afirmar que lo verdaderamente interesante de alguien no es otra cosa que sus heridas más profundas, pues sólo cuando el sujeto nos habla desde la humildad abierta por estas en él cabe el que nos encontremos con la persona auténticamente, y no, en cambio, cuando se dirige a nosotros desde la atalaya distanciadora de sus logros o éxitos.[10]

Así, es a través de las grietas que se abren en nuestras heridas por donde puede gestarse en nosotros el proceso de auto-comprensión y de perdón, de renovación interno. El ser humano necesita "perdonar" continuamente; perdonar a los otros, para convivir; perdonarse de un modo muy profundo a sí mismo sus propios yerros y equivocaciones, para sobrellevarse a sí mismo, pues se hace daño a sí, permanentemente; y hasta ha de aprender a perdonar, de alguna manera, a su propia suerte, a su destino, a la vida misma concreta. Nos han, nos hemos hecho mucho daño; pero ese sufrimiento nuestro, que se ha ido decantando, poco a poco, paso a paso, en nuestra historia personal, puede dar lugar a un núcleo de hondura y autenticidad en el que se forme nuestra perla, cual sucede con la ostra en el mar. De alguna misteriosa manera, "la perla es una herida cicatrizada", como se lee en el libro de elocuente título: *Elogio de la vida imperfecta: el camino de la*

[9] Schopenhauer, A., *Parerga y paralipómena*, volumen II, capítulo XXXI, sección 396.
[10] Padilla, C., "Del miedo a la confianza", ponencia en el Congreso teológico P. Kentenich, Santiago de Chile, jueves 11 de octubre de 2018.

fragilidad.[11] Nuestras heridas son parte de nuestra historia íntima, de nosotros mismos, y, de este modo, una dimensión clave de nuestra sanación afectiva, de nuestro ser y encuentros auténticos, más profundos, con los otros, de nuestras hermosas vocación y unicidad, de nuestra irrepetibilidad.[12]

VI-. La expresión artística de la vulnerabilidad.

El Arte de todas las épocas y latitudes ha reflejado siempre esta dimensión universal de los seres humanos que supone la vulnerabilidad. Recordemos, por ejemplo, en España, la pintura del siglo de oro. Traigamos a nuestra memoria los niños de la calle, los mendigos, los ancianos, los torturados, incluso los sujetos con algún menoscabo físico, representados con tanta profusión por los artistas barrocos. Pensemos, sin ir más lejos, en autores como Ribera, Murillo, Velázquez, etc. Siglos después, el Expresionismo –recordemos la impactante obra "El grito" de Munch-, el Neo-realismo y otros estilos artísticos también se recrearon en esta dura escenografía de la fragilidad humana. A este respecto, cabe señalar que el defecto físico o la deformidad estética, que numerosos artistas han glosado casi con regodeo, ha supuesto siempre un cierto emblema o símbolo de nuestra vulnerabilidad, dada su incidencia en la estima personal y social, en tanto la apariencia corpórea constituye un lugar de confrontación por parte del sujeto humano con su propia fragilidad. El personaje "Dumbo", de Disney, ofrece una metáfora precisamente de ello, o la cinta cinematográfica "El hombre elefante", basada en hechos reales.

En cuanto a la manifestación artística de nuestra vulnerabilidad de tipo "relacional" o inter-personal tampoco ha faltado esta, a lo largo de la historia del Arte. En el medio fílmico, un autor que ha expuesto, con una ternura y dulzura encomiables, este aspecto vulnerable presente en todo ser humano es, sin duda, el inmortal Charlie Chaplin. La vulnerabilidad ante el otro o respecto al otro se convierte gracias a este creador, y a su

[11] Scquizzato, P., *Elogio de la vida imperfecta: el camino de la fragilidad*, Ediciones Paulinas, Madrid, 2018.

[12] Un ejemplo de la reivindicación del valor de las heridas personales, a la hora de adentrarse en el conocimiento de la biografía espiritual de alguien, lo ofrece el texto*: Los años ocultos*, de Dorothea M. Schlickmann, Ed. Schoenstatt, Nazaret, 2008. En este, se desmenuza la vida del conocido pedagogo J. Kentenich desde esta clave.

personaje Charlot, casi en una característica preciosa, en un rasgo entrañable y digno de estima, de afecto y consideración. ¡Qué diferente resulta esta representación de la vulnerabilidad frente a la exaltación también artística de los poderosos, de los fuertes, de los opulentos y de los agraciados, que asimismo se encuentra en la historia, y que hoy se reproduce en las creaciones televisivas y los videojuegos de lujo, de lucha, de competencia extrema, en las que sólo el más fuerte prevalece sobre el débil! Parece que el mito del super-hombre nietzscheano se halle, de algún modo, como a través de la figura del super-héroe, de la bio-teconología o de los fenómenos del transhumanismo y posthumanismo postmodernos, más vivo entre nosotros que nunca, lamentablemente.

VII-. Enseñanzas de la vulnerabilidad.

La vulnerabilidad ¿qué aporta, de hondo, a la persona?

Sabernos vulnerables puede servir para conocernos, pues al captar nuestros límites emerge nuestra propia figura ante nuestros ojos. Así, no somos indestructibles, ni insensibles, etc.

La vulnerabilidad, entonces, puede ayudarnos a ser más humildes. Pues, al notarla, aprendemos que no somos perfectos. También, puede incrementar la conciencia de nuestra necesidad de los demás. Pero, esto, siempre y cuando no reaccionemos cerrándonos en nosotros mismos, por miedo a que nos hagan daño. Sucede aquí un poco como en la vida afectiva o sentimental: si has querido mucho a alguien, y te ha fallado, es habitual que tengas miedo a comprometerte de nuevo, a relacionarte, a querer otra vez de verdad a alguien con todas tus fuerzas. Mas, si no te arriesgas a relacionarte con otros, no puedes encontrarte en lo hondo con ellos. Pues estamos hechos para amar, y amar con pasión, con fervor, con entrega.

Nuestras relaciones, en fin, nos hacen vulnerables, seres que cada día pueden ser dañados, heridos profundamente. Aunque también seríamos vulnerables si nos resignáramos a no querer a nadie jamás. Esta vulnerabilidad consistiría en la del caracol o tortuga, que no se atreve a salir de su caparazón, con lo que se aísla más y más, hasta quedarse por completo solo, en el fondo. ¡Qué triste vulnerabilidad la de quien no tiene ni la confianza ni la esperanza ni la alegría de compartir su vida con nadie! A sí mismo,

se hace el mayor daño de todos: se mata, sin destruirse físicamente, se convierte en un muerto viviente, aunque finja ser invulnerable al cariño y al afecto. La cobardía le ha encerrado en la oscura, la tétrica cárcel de sí mismo, la peor y más dolorosa de todas las prisiones, donde no entra ni siquiera el más leve rayo de la luz del afecto sincero.

Quizá, por todo esto, y a manera de síntesis o corolario, convenga recordar aquí el fértil pensar de Martin Buber. Este, a fin de mostrar el precioso valor de las relaciones inter-personales, más allá de las heridas y vulneraciones que, en estas, se nos causan, escribió:

<<Cuanto digo tú, no tengo nada, no poseo nada. Pero estoy en relación>>.[13]

[13] Buber, M., *Yo y Tú*, Ed. Sinergia, Guatemala, 2014, traducc. C. Díaz.